

BOLETIN del



MUSEO NACIONAL de HISTORIA NATURAL

MONTEVIDEO - URUGUAY

Enero de 1976 Número 11

EN EL CENTENARIO DE LA VISITA DEL "CHALLENGER" A MONTEVIDEO

El 15 de febrero de 1876, a las 4 de la tarde, el navío de su Majestad Británica "Challenger" entraba al puerto de Montevideo. Se cumplen pues cien años de ese acontecimiento que, aunque de escasa o ninguna repercusión en los resultados de la travesía, vinculó el nombre de nuestro país a uno de los más notables viajes de exploración científica realizados en el siglo pasado. En efecto, incorporó al conocimiento del hombre una masa de información sobre el mar sin precedentes que posiblemente no haya sido igualada y que constituye los pilares fundamentales sobre los que se asienta la oceanografía moderna.

El "Challenger" había zarpado del Puerto de Portsmouth, en Inglaterra, el 21 de diciembre de 1872; al entrar a Montevideo procedente de las Islas Malvinas (Falkland) tenía poco más de tres años de campaña y ya había dado, prácticamente, la vuelta al mundo. Unos meses más tarde, el 14 de mayo de 1876 entraría al puerto del que había salido, Portsmouth, finalizado ya su viaje, luego de surcar el Atlántico de Norte a Sur, el Indico, el Pacífico en sentido inverso al viaje de Magallanes y recorrer nuevamente, ahora de Sur a Norte, el Atlántico.

El H.M.S. "Challenger", un navío de guerra de la marina británica, era una corbeta de casco de madera, con tres mástiles, de 60 metros de eslora y un desplazamiento de 2.306 toneladas. Su armamento lo constituían 18 cañones de los que, a efectos de acondicionarle para la gran travesía, se retiraron 16; en el espacio así logrado, sumado al

de los pañoles de municiones, etc., se ubicaron los laboratorios y depósitos del material que se colectaría. El personal científico que embarcó estaba integrado por cuatro naturalistas y un químico-físico, bajo la dirección de uno de los primeros, Charles Wyville Thomson. Además contaban con un dibujante, encargado de diseñar los ejemplares recogidos, que actuaría también como secretario de Wyville Thomson. La nave estuvo comandada por el Capitán G. S. Nares, a quien en diciembre de 1874 reemplazaría el Capitán F. T. Thomson, en el puerto de Hong Kong.

El 14 de febrero, antes de llegar a Montevideo en su estación Nº 320, a unas 144 millas de la Isla de Lobos (37º 17' S - 53º 52' W) recogió, excluyendo protozoarios, unos 500 ejemplares de invertebrados y peces, correspondientes a 127 especies diferentes, de las cuales 103 eran nuevas para la ciencia, con 19 géneros también nuevos. Esta estación fue una de las de mayor riqueza biológica de las que se tenga noticia y como tal ha sido destacada en publicaciones posteriores.

Permaneció el "Challenger" en nuestro puerto hasta el 25 de febrero de 1876. Ese día, a las 5 de la mañana abandonó nuestra capital iniciando el trayecto hasta la Isla de la Ascención. Durante su permanencia en Montevideo, el personal científico efectuó algunas observaciones, recogió muestras de agua de la bahía - a la que encontraron de color rojizo - en la que detectaron unas pocas especies de diatomeas y copépodos. Algunos miembros de la expedición aprovecharon la estada del barco en Montevideo para efectuar una breve visita a Buenos Aires.

En aguas uruguayas se realizaron otras dos estaciones, las Nº 321 y 322. La primera, el mismo día de la partida, a unas 8 millas al sur de Punta Negra, en el Depto. de Maldonado y la segunda al día siguiente, el 26 de febrero, a unas 135 millas navegadas desde Montevideo y a aproximadamente 60 millas de la Isla de Lobos. En la primera se colectaron unos 150 ejemplares de 29 especies diferentes, con 9 especies nuevas para la ciencia y dos géneros, también nuevos. La otra, aguas afuera, fue comparativamente pobre, ya que únicamente permitió obtener 20 ejemplares de invertebrados y peces, correspondientes a 9 especies diferentes, dos de ellas nuevas para la ciencia.

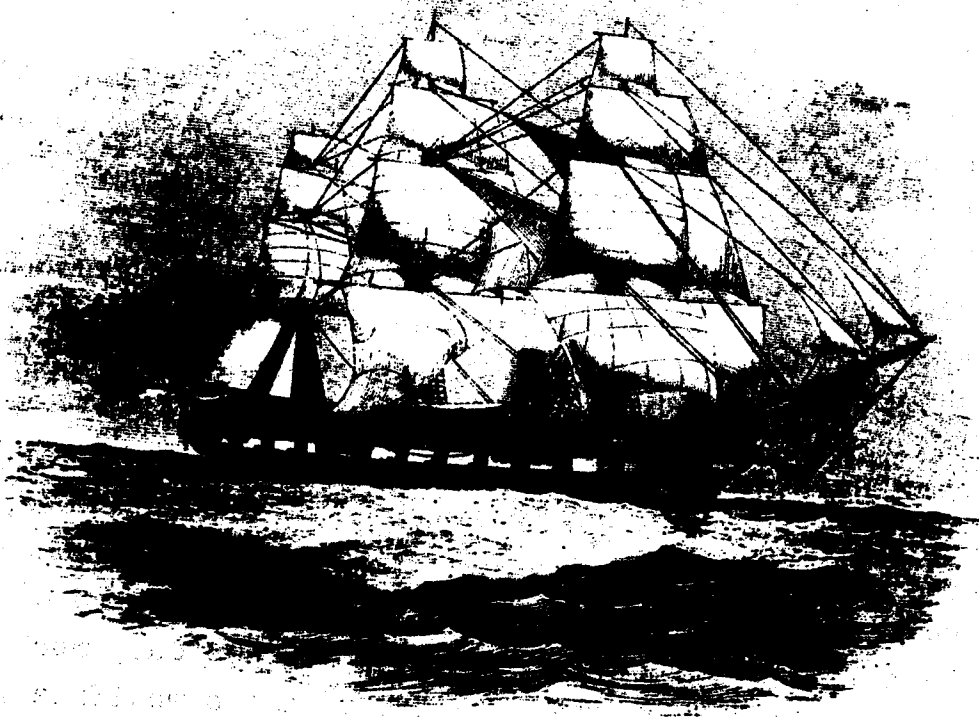
La enorme masa de nuevos conocimientos aportados por el "Challenger" se dio a conocer en cincuenta grandes volúmenes con el título de "Report of the Scientific Results of the Exploring Voyage of H. M. S.

Challenger, 1873-1876" (Informe sobre los resultados científicos del viaje de exploración del H.M.S. Challenger, 1873-1876). Comenzó a editarlos Wyville Thomson en 1880 y a su muerte, ocurrida en 1882, Sir John Murray tomó a su cargo la tarea, hasta la publicación del último tomo en 1895.

Es del caso destacar que los costos de edición debieron ser parcialmente sufragados por Murray de su peculio personal, en vista de las dificultades que ponía el Tesoro Británico para contribuir a los mismos.

Nuestro Museo se honra en tener la única colección completa de esta obra monumental que, de acuerdo a nuestra información, existe en el país. También pueden ser consultados en nuestra biblioteca los narrativos del viaje publicados por Wyville Thomson, en dos volúmenes, (1878) y por Moresley, en un volumen (1879).

Miguel A. Klappenbach



H.M.S. CHALLENGER.

EL CONSERVACIONISMO DE LA NATURALEZA

Estamos asistiendo, a nivel mundial, al deterioro progresivo de los distintos ambientes naturales y sus componentes. Entre nosotros, donde el problema no se había planteado con carácter agudo, han surgido últimamente iniciativas aparentemente provechosas para nuestra economía, pero de resultancias negativas en relación con la conservación del medio ambiente: la desecación de grandes extensiones de bañados en la franja costera del este y sur del país, con la desaparición de un ecosistema donde vive y se desarrolla una fauna muy particular; la pesca y exportación masivas de productos del mar en manos de consorcios comerciales; los elementos contaminantes de las aguas marinas y estuáricas, o de las aguas lóaticas como la versión en las mismas de productos de desecho de diversas industrias; la tala de los bosques indígenas y la sustitución de ellos en algunas áreas por árboles exóticos, etc.

Todo esto debe llevarnos a cada uno de nosotros a meditar sobre un problema que nos alcanza como seres vivos y como hombres, para llegar a comprender cuales deben ser los fundamentos del CONSERVACIONISMO DE LA NATURALEZA.

Si bien este es un tema que desde hace mucho tiempo ha estado sobre el tapete, principalmente en círculos científicos, hoy ha adquirido un auge inusitado debatiéndose, incluso, a nivel popular. Ello es debido, sin duda, no tanto a la prédica mantenida por parte de los hombres de ciencia al respecto, sino a que día a día se ponen de manifiesto con mayor dramatismo las consecuencias del desequilibrio en la naturaleza, siempre en aumento, y a la conciencia del peligro que eso significa para el hombre y su economía. De allí que, con un criterio puramente de interés humano, se hable ahora a distintos niveles de la necesidad de conservar los recursos naturales. Se desconoce, se olvida o se soslaya que ha sido la especie humana, demográficamente hipertrofiada, necesitada para su supervivencia y desarrollo de recursos que sólo la naturaleza puede brindarle (recursos que, muchos de ellos, no son inagotables y cuya extracción y empleo modifica los ambientes naturales), la que ha provocado el desequilibrio antes mencionado.

Por tanto, muchas de las solicitudes propuestas no son aplicables

por estar basadas en un enfoque unilateral de la cuestión, principalmente aquellas que vienen de individuos con escasos, nulos o deformados conocimientos de la naturaleza, o equivocados en cuanto a la posición o el papel que el hombre, como especie, tiene en ella.

De allí que al ponernos frente al problema debamos tener en cuenta varios factores, todos ellos de interés a los fines que perseguimos. En primer lugar, y dejando de lado por ahora el sueño de la conquista de otros mundos que posibiliten la expansión del hombre fuera del planeta, debemos situarnos en él, considerando a la Tierra un ámbito limitado, con condiciones ambientales también limitadas por factores diversos.

Integrantes de una especie animal más, mejor dotada que las otras por haber alcanzado un nivel intelectual mayor y por ende posibilitada cada vez en mayor grado, para influir sobre el resto de los componentes de la biósfera, el hombre, a pesar de ello, no debe desconocer u olvidar la dependencia que, como ser vivo en primer término, tiene en relación con los demás seres vivos (tanto animales como vegetales) y con el ambiente donde existen las condiciones que hacen posible la vida.

No debe ser tampoco sobre una base puramente sentimental de consideración o lástima hacia el resto de la fauna o flora en que se fundamenta el conservacionismo, o de admiración por lo estético que surja de la consideración de un paisaje y sus componentes. Tampoco debe movernos exclusivamente el interés utilitario en pro del hombre, criterio éste que ha sido la causa que más ha pesado para que se provoque la situación que hoy nos aflige. Con esta sola base, también podría concentrarse el interés conservacionista sólo en aquellas especies o ecosistemas cuya explotación fuera de utilidad inmediata para los fines humanos, dejando de lado a los demás.

Es así que, el éxito de una política conservacionista sería debe basarse, fundamentalmente, en el conocimiento cabal del mundo en que vivimos, tanto de lo físico como de lo biológico, conocimiento que sólo puede darlo la ciencia en base a los aportes de cada una de sus disciplinas especializadas. Pero estos aportes, brindados por separado, deben fundirse en un todo que nos muestre las relaciones recíprocas de los seres con el medio y de los distintos medios entre sí, sus interdependencias, las modificaciones que ocurren al alterarse algunos factores, las consecuencias de sus reacciones producidas frente a dichas alteraciones, el deterioro que para el conjunto significan dichos

fenómenos, la irreparabilidad, muchas veces, del estado de equilibrio necesario, consecuencia de la cual, entre otras, puede ser la extinción de especies en las áreas afectadas. Otras veces, también por las mismas causas, sobrevienen reacciones de resultados impredecibles, incontrolables incluso, a pesar de la intervención del hombre.

Deberemos sentirnos integrados a ese todo como una especie más, usando de la naturaleza sólo en el grado de las necesidades imprescindibles nos exijan y evitando que, cegados por nuestra superioridad y poder aparentes, pretendemos apoderarnos de todo, modificarlo todo, transformarlo todo a nuestro placer y para nuestro exclusivo beneficio.

El hombre, hasta ahora primer protagonista del desequilibrio en la naturaleza, debe transformarse en el principal protagonista de la restauración y conservación de la misma. Sólo así podrá reparar en parte los daños ya hechos; sólo así podrá asegurar a las futuras generaciones los medios necesarios para seguir subsistiendo, en armonía con todo lo que lo rodea y sintiéndose parte de ello.

El futuro del hombre sobre la Tierra y el mantenimiento de las condiciones ambientales que lo posibiliten dependen, por lo tanto, que lo comprendamos así y que hagamos nuestro aporte, aunque sea modesto, para que ello se cumpla.

Eduin Palerm

oOoOoOoOoOoOoOoOo

DONACIONES RECIBIDAS

Del Sr. Santiago Acosta y Lara recibimos la donación de numerosos volúmenes de la conocida revista "Scientific American", que ha pasado así a enriquecer nuestra biblioteca.

El Maestro Juan C. Caracciolo Arriera ha realizado un importante aporte a nuestra colección paleontológica al donarnos una vértebra, probablemente caudal, de un dinosaurio, procedente del Departamento de Canelones. Se trata del primer resto de esta procedencia que se conoce, lo que confirma la existencia de terrenos cretácicos en este Departamento.

De nuestra exposición.-

EL SABLE JAPONES

En ninguna parte del mundo existía tanto respeto y veneración por el sable como en el Japón. Si en Europa los caballeros de la Edad Media llevaban siempre consigo sus espadas y el derecho de llevar una espada o un sable fue el privilegio de la nobleza hasta la revolución francesa; si el sable fue lo que distinguía a un oficial del ejército; si las espadas de Rolando y de Sigfrido tuvieron sus nombres propios, y si había colecciones particulares de sables, en ningún país como en el Japón hubo tantos forjadores célebres cuyos nombres aún hoy se conocen. El sable acompañaba al noble desde la cuna hasta la muerte, perdurando durante siglos, prácticamente hasta nuestros días, el culto de esta arma.

Según la leyenda, la primera pareja de dioses, Izanami e Izanagi, crearon las Islas Japonesas. Amaterasu, descendiente de aquellos, diosa protectora de la nación, diosa del sol, entregó un sable de regalo a su nieto Ninigi. Este fue el fundador de la línea imperial que hasta hoy es el símbolo de la unidad de aquella nación. Ninigi trajo a la tierra tres tesoros: un espejo, una joya y el sable. Y así la espada entró como un factor importantísimo en la vida japonesa, por supuesto con mayor énfasis en la clase de los guerreros. El Japón, hasta la modernización en la segunda mitad del siglo pasado, era un país feudal. Si bien todas las clases sociales tenían el derecho de llevar un sable durante el viaje, solamente el guerrero, el samurai, pudo llevar dos sables - uno largo y uno corto- en la ciudad. El sable japonés tenía su sentido místico, su papel moralizador: se juraba sobre su pomo y tal juramento era sagrado, como lo fue en el Occidente en algunas épocas. Tenía a veces un poder sobrenatural y los sables de los héroes eran venerados por generaciones y algunos son guardados hasta hoy en varios templos como reliquias. La importancia de esta arma para un samurai era primordial durante toda su vida: al nacer recibía un amuleto en forma de sable; a los cinco años, con su traje de ceremonia, un verdadero sable diminuto; y al llegar a la pubertad un par de sables como signo de pertenencia a su clase.

Los sables más antiguos que se encontraron en el Japón datan de la época de bronce y son parecidos a los sables chinos, de dos cortantes; más tarde aparece el sable de un cortante, de hierro martillado y de hoja casi recta. Esta forma característica, con pequeños cambios en lo que concierne a la longitud y grado de curvatura, ha perdurado hasta el presente desde el siglo VIII d. C., y algunos, forjados en aquella época, se encuentran aún en los templos y museos occidentales. Existían espaderos famosos, con sus propias escuelas hasta la mitad del siglo pasado. Pero la abolición del shogunato (forma de gobierno que había dirigido el país por muchos siglos) y la consiguiente prohibición de portar sables, terminó la historia de esa arma. Desde el año 1926 hasta el fin de la segunda guerra mundial se fabricaron hojas a máquina para el uso de la oficialidad: imitaciones del esplendor pasado.

Existen varias clases de sables japoneses. El tipo más antiguo, el sable-regalo de la diosa, es el Tsurugi, como lo vemos en el famoso retrato del príncipe Shotoku, protector del buddhismo y regente del país (siglo VII). El sable indio Ken, que fue traído junto con el buddhismo, aparece solamente como arma de las estatuas guardianas de los templos. Las armas japonesas de combate son: la Katana, de casi un metro de longitud, y el Wakisashi, la mitad de longitud del anterior. Además existe el Tachi, de entre 90 y 120 cm. y el No-Dashi, el sable más grande, para manejar con ambas manos. También existen sables cortos de ceremonia, dagas, puñales y pequeños cuchillos de unos 12 cm. de largo, usados con preferencia por las mujeres.

El forjado del sable tenía su rito riguroso, precedido por la purificación del forjador. Los métodos de trabajo eran diferentes según el artesano. Algunos hacían la hoja totalmente de acero; la mayoría usaba la lámina central más blanda revestida de una cubierta acerada y de un cortante de acero durísimo. Varias escuelas usaban distintos procedimientos en cuanto a la combinación de las láminas, calentándolas al rojo y martillando hasta la soldadura. Después de esto venía el templeado, otra vez de varias maneras, según las escuelas y sus respectivos secretos. A continuación seguía el largo trabajo de afilado y pulido, primero en grandes piedras, finalmente a mano. Así como hubo famosos forjadores, existían también especialistas en esta etapa final.

Terminada la hoja, se la conservaba en un estuche hermético de madera que la protegía contra el clima muy húmedo de Japón, hasta que

llegase el momento de su colocación en la empuñadura. Esta se compone de dos piezas de madera, unidas a la hoja mediante dos pernos de bambú o de metal, recubiertas de piel de tiburón, raya, víbora o de brocato. El pomo de la empuñadura en forma de pera de metal, tiene dos agujeros por los cuales pasa una cuerda de seda o cuero. Entre la hoja y la empuñadura se encuentra la guarda que es una placa de metal, perforada en el centro para el pase de la espiga de la hoja y con una o dos aberturas más, para dar paso a los mangos de un pequeño cuchillo y de un punzón. La guarda y los mangos de los mencionados accesorios eran el terreno para la expresión artística de los orfebres japoneses que hacían de ellos muy a menudo verdaderas obras de arte decorativo.

Hay que mencionar una pieza más que abraza el nacimiento de la hoja e impide que esta se hunda en la vaina que se hacía generalmente de madera, cubierta de laca o de seda, de cuero o de láminas de metal. La parte terminal llevaba hasta cuatro anillos metálicos, a veces cincelados y decorados de piedras semi-preciosas.

Se llevaba el sable suspendido desde dos arcos metálicos sobre la vaina por cadenas y cintas de suspensión, hechas de seda.

Como ya se ha dicho, el clima húmedo del Japón exigía tomar precauciones especiales para la conservación de la hoja: el estuche que la encajaba herméticamente antes de colocar la empuñadura; la vaina impermeable que la protegía y finalmente el repasado cotidiano con papel de moras.

Como se mencionó en el comienzo, era el sable un objeto de especial respeto y trato, fijado por reglas. Nunca se lo desenvainaba en presencia de otros ni se golpeaba una vaina contra otra. No se empuñaba ni se daba vuelta como para desenvainar. Todo esto se consideraban ofensas graves, castigadas severamente si fueran ejecutadas en la corte. Significaba falta de respeto para los demás. Entrando en una casa amiga, se colocaba el sable sobre un soporte especial o al suelo del lado derecho. Si alguien deseaba examinarlo, siempre se le entregaba el sable con la empuñadura hacia la izquierda y con el cortante hacia uno mismo. Todo esto se efectuaba con cierta reverencia, contestada de la misma manera por la otra parte.

El Museo Nacional de Historia Natural posee tres sables japoneses: dos, junto a dos armaduras provenientes del siglo XVI, una de un sol-

dado, y la otra de un oficial, y un No-Dashi que descansa entre dos lanzas, también provenientes del país del Sol Naciente. Estos objetos fueron donados al Museo hace exactamente un siglo por el Sr. José P. Farini y el Dr. Carlos De Castro, y pueden apreciarse en la sala de exposición de arqueología clásica.

Nicolás Altuchow

o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o

VISITANTES DESTACADOS

En los últimos meses hemos recibido la visita de los siguientes investigadores: Los botánicos Dr. Michael G. Wells del Botanical Research Institute, Departamento de Agricultura de Sud Africa, y Dr. Héctor E. Erb del Instituto Miguel Lillo, Tucumán, Argentina. El Dr. Franco Bona, parasitólogo del Instituto de Zoología, Universidad de Torino, Italia. El Dr. Jean-Louis Hartenberger, paleontólogo especialista en roedores fósiles de la Universidad de Montpellier, Francia. Los especialistas en cetáceos Drs. Edward Mitchell y V. Michael Kozicki de la Arctic Biological Station, Montreal, Canadá. Y por último, el malacólogo Eliézar de C. Ríos, Director del Museu Oceanográfico de Rio Grande do Sul, Brasil. Todos los nombrados estuvieron trabajando en nuestras colecciones, interesados en los materiales en ellas conservados.

=====
Como todos los años en esta época se realiza el Cursillo de colecta y conservación de materiales para colección. El mismo comenzará el próximo 12 de enero y estará a cargo de destacados especialistas de nuestro medio. Las inscripciones son limitadas y gratuitas.
=====

=====
Toda la correspondencia referente a este BOLETIN debe dirigirse a:

Lic. Alvaro Mones, Editor
Museo Nacional de Historia Natural
Casilla de Correo 399 (o calle Buenos Aires 652)
Montevideo - Uruguay